

FVD

*La interdependencia entre el conocimiento del
mal y de Dios en la experiencia espiritual de
San Miguel Garicoïts*

Hno. Guido García SCJ
guidoscj@gmail.com

- Casa de Formación. Villa Betharram. Adrogué. 2004-

I. INTRODUCCIÓN

A partir del presente escrito pretendemos profundizar la temática acerca del mal planteada en el Pro-seminario desde una perspectiva particular. ¿En qué consiste dicha perspectiva?

Intentaremos plantear el problema del mal no de manera general, lo cual ha sido el objeto del curso, sino que nos detendremos en una temática específica, a saber, *la interdependencia entre el conocimiento del mal y del conocimiento del misterio de Dios*: Cómo ambos se implican, cómo se dan el uno con el otro.

Y no sólo nos detendremos allí, sino que el objetivo específico del presente trabajo es, postulada la interdependencia de ambos conocimientos (Parte A del Desarrollo: *Marco teológico de la reflexión*), procuraremos verificar este postulado general en la experiencia particular y concreta de un autor espiritual, San Miguel Garicoïts¹ (Parte B).

Se nos presenta una dificultad: San Miguel no ha publicado ninguna obra a la cual acudir como fuente. No es propiamente un autor que plasma en diversas obras su meditación. Pero esto no resta profundidad en sus reflexiones y palabras, las cuales han llegado hasta nosotros de diversos modos y que se han sabido guardar como tesoro.

I. LAS FUENTES

Se han conservado diversos manuscritos, apuntes, cuadernos del santo guardados en archivo, a los que se suman las abundantes anotaciones recogidas por el P Auguste Etchecopar scj (1830-1897, Siervo de Dios, tercer superior general) que fielmente recogía las palabras e intentaba plasmar por escrito la rica espiritualidad del santo. Así procuró una primera sistematización del ‘espíritu betharramita’, al cual dio el título de *Pensées*.

Pero, debemos señalar el tenaz trabajo del P Pierre Duvignau scj (1895-1995), que recogió los ‘*Pensées*’ y abordó gran cantidad de manuscritos, así como los diversos testimonios del *Summarium* del proceso de beatificación, la biografía de Miguel compuesta por el P Basilide Bourdenne scj (1839-1883) (*La vie et la œuvre du venerable saint Michel Garicoïts*. Paris.1917), copiosas cartas y un cuaderno de apuntes de las conferencias y clases dadas por el santo, perteneciente a un escolástico (Hno. Cachica scj, 1836-1859). Reunido todo este material, ensayo dos sistematizaciones temáticas que son las obras² de cabecera de este trabajo:

- *La Doctrine Spirituelle de Saint Michel Garicoïts*. Beauchesne. Paris. 1949. [sigla DS]
- *Un Maître Spirituel du XIX siècle*. Beauchesne. Paris.1963. [sigla MS].

No menos importancia tiene la obra del P Pierre Miéyaa scj (1901-1981) que realizó una sistematización cronológica de las cartas de san Miguel:

- *Correspondance de Saint Michel Garicoïts. Tome I : de 1825 á 1859*. Tarbes. 1959.
- *Tome II : de 1859 á 1863*. Tarbes. 1960.

Entonces, tomaremos fragmentos extraídos desde MS y DS, así como de la *Correspondance*.

¹ Fundador de la Congregación religiosa de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús de Betharram. Nació en Ibarre, pueblecito de la diócesis de Bayonne, ubicada en el sur de Francia, el 15-04-1797. En 1823 es ordenado sacerdote. En Betharram (a 16 km de Lourdes, a orillas del Gave) funda la congregación religiosa (1835). Muere el 14-05-1863. Es canonizado por Pio XII en 1947.

² Ambas obras han sido traducidas al castellano y aparecido como ediciones internas de la Congregación (*Un Maestro Espiritual*. Bs As. 1979; *La Doctrina Espiritual de San Miguel Garicoïts*. Asunción. 1996). Para el presente trabajo se tradujeron especialmente los textos del original francés y luego se cotejaron con dichas ediciones castellanas.

Pues bien, habiendo presentado las fuentes desde las cuales brotarán para nosotros las palabras de Miguel, comencemos la tarea confiando obtener óptimos resultados de nuestra búsqueda.

II. DESARROLLO

A) MARCO TEOLÓGICO DE LA REFLEXIÓN

En esta breve sección no nos referiremos a la cuestión acerca del mal en sus generalidades, temática ya desarrollada a largo del curso. Sin embargo, realizaremos algunas aproximaciones acerca de la interdependencia existente entre el conocimiento de Dios y el conocimiento del mal. Para ello, recurriremos a la bibliografía presentada en nuestra asignatura³.

Afirmar la interdependencia entre el conocimiento de Dios y del mal, a simple vista, aparece como una aseveración por cierto paradójica. ¿Cómo el mal, misterio profundo y terrible, puede establecer alguna relación con el acercamiento al Dios Omnipotente e Infinitamente Bueno? Parecería que, a medida que uno se aproxima al misterio del mal, se aleja de este modo del misterio de Dios, y viceversa.

Ahora bien, esta oposición es aparente: si bien un conocimiento *débil* de Dios es fácilmente impugnado frente a la experiencia del mal existente en el mundo⁴ - así nos encontramos con el ateísmo contemporáneo en sus diversas formas, el cual no acaba de darse respuestas a la problemática planteada- sostenemos que sólo puede profundizarse en el conocimiento del mal al mismo tiempo que se sumerge nuestro intelecto en el Dios Verdadero. No podríamos conocer verdaderamente el mal sin vislumbrar, a la vez, el misterio de Dios.

Es decir, Dios se da a conocer a sí mismo y a su designio salvífico⁵ a lo largo de la historia de salvación. Y el hombre, en cuanto se abre a la Revelación y a la acción redentora de Dios, profundiza el conocimiento del mal. «El rostro de Dios y el rostro del mal se descubren al vez, con el progreso del tiempo»⁶. Es que ¿Podríamos tolerar que se nos dé a conocer la profundidad de la ruptura introducida por el mal y el pecado, sin al mismo tiempo percibir el amor misericordioso de Dios que nos redime?

No, es imposible plantear la posibilidad del conocimiento del misterio del mal independientemente del conocimiento del amor de Dios. Al contrario, sólo reconociendo el amor de Dios manifestado en Jesucristo podemos abismarnos en el misterio del mal, sabiendo con plena confianza que Él ya la ha vencido, y que nosotros con Él venceremos. Sólo podemos conocer el mal al mismo tiempo que eficazmente somos redimidos, experimentando el amor de Dios que nos salva.

Nuestro pecado original alcanza el ápice de su significación y del abismo infranqueable que éste produjo, en el Calvario, donde Cristo nos da a conocer la profundidad del pecado y la sobreabundancia del amor de Dios, capaz de franquear cualquier abismo.

Así lo expresa san Pablo: «Lo mismo que por la desobediencia de un solo hombre todos han sido constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos» (Rom. 5,19) y comenta Journet⁷: «No podíamos soportar sin desesperar la plena revelación de nuestra caída sino en la plena revelación de nuestra liberación».

Así, decimos que existe «una ley de la historia espiritual del mundo; ésta avanza por el crecimiento simultáneo de un doble movimiento contrario, aproximándose por una parte a lo que san Pablo llamaba la apostasía, la manifestación suprema del hombre de pecado, es decir, del Anticristo, y de las fuerzas de Satán, y por otra a la victoria

³ JOURNET, C. *El mal. Estudio Teológico*. Rialp. Madrid. 1965. p 10.

⁴ Ibidem.

⁵ Cf Constitución dogmática *Dei Verbum* 2.

⁶ JOURNET, C. Op. Cit. p 12.

⁷ Ibidem

definitiva del Señor Jesús, que le anonadará con el resplandor de su venida, de su Parusía (1Thes 3, 13)»⁸.

Ahora bien, postulamos que sólo es posible conocer el misterio del mal simultáneamente que avanzamos en el conocimiento de Dios. ¿Qué ocurre, entonces, en el espíritu de cada individuo? ¿Cómo vive o resuelve esta tensión? ¿Cómo va descubriendo su propio pecado y tomando conciencia de él, al mismo tiempo en que profundiza su vida de discípulo del Señor?

Es un desafío poder verificar cómo esto acontece en la vida interior de un hombre. Ahora bien, aceptar este reto enriquece sobremanera nuestra reflexión: no sólo manifiesta en lo concreto de la vida la reflexión teológica, sino que también abre y traza un posible itinerario a recorrer por todo aquel que quiere profundizar su fe. Para ello, recurrimos al auxilio de un hombre de Dios.

B) LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL DE SAN MIGUEL GARICOÏTS

El desafío que se nos presenta no es pequeño: buscamos verificar en la experiencia espiritual de nuestro santo la antes mencionada interdependencia existente entre el conocimiento del misterio del mal y del misterio de Dios.

Por cierto, llevar a cabo este ambicioso proyecto ocuparía un exiguo trabajo de investigación, que excede sobremanera a este escrito. Pero sí podemos realizar una primera aproximación perfectible.

Para ello, presentamos tres textos, según el siguiente orden 1) un primer texto que muestre la reflexión de nuestro santo acerca de esta temática en general; 2) para desembocar en otro texto que refleje su propia interioridad, fuente de su consideraciones; y por fin, ya en la Conclusión del trabajo, 3) a partir de una carta podremos vislumbrar cómo lo aplica en su ejercicio de director de almas.

Adentrémonos, entonces, en los textos, esperando alcanzar con creces nuestro cometido.

1) *la «tierra sedienta»*

Comenzamos considerando algunas palabras de san Miguel acerca de nuestra temática. Son extraídas de escritos, apuntes que él mismo preparaba en vistas a desarrollar la conferencia semanal con todos los religiosos de la Congregación naciente. Esta referencia ya nos da una primera clave interpretativa, o, más bien, un primer modo de aproximarnos al texto y poder enriquecer nuestra lectura. Pues, el contexto en el que han sido pronunciadas estas palabras es, podríamos decir, a sala capitular, donde se reunían periódicamente los religiosos a fin de escuchar al Fundador. A ellos van dirigidas, a aquellos que fervorosos emprendían los primeros pasos y a quienes nuestro santo buscaba cincelar según el carisma congregacional:

«Somos esa tierra de la que habla el Profeta: *in terra deserta et in via et in aquosa* (Sal 62,3); tierra impura y sórdida, por no estar regada ni por el agua de la gracia, ni por las lágrimas de la penitencia. Tierra desierta y solitaria: el orgullo es un solitario, sólo se ve a sí mismo, su juicio, su voluntad, su mérito. Es el sacrílego imitador de Dios que se hace [a sí mismo] una soledad impenetrable en la singularidad de su perfección infinita. El orgulloso se erige en Dios: ¡qué locura! Y qué castigo. Tierra sin camino trazado: vagabundea errante en la vaguedad de sus deseos cambiantes, egoístas, pusilánimes, por senderos tortuosos, por el círculo tiránico de bajas, de vergonzosas pasiones: justo castigo de su usurpación impía y diabólica; *in circuitu impii ambulans* (Sal 11,9). ¡Oh hombre, tan lejos de Dios y de ti mismo... vuelve a este Dios en la medida en que te has alejado!» [MS p 222].

Para describir la situación del hombre que es fruto del pecado, nuestro santo recurre a una imagen tomada de los salmos. Por cierto, con frecuencia hallamos en san Miguel el recurso a la Escritura, como si sus pensamientos y meditaciones o bien partieran o bien culminaran siempre en ella. Se suele encontrar, ciertamente, entre sus palabras alguna cita latina de la Biblia (conforme a la versión de la Escritura que se utilizaba

⁸ Ibidem

frecuentemente en su época) que otorga al decurso de sus frases fundamento y profundidad.

Aquí la imagen es la «tierra impura, solitaria». Su sordidez y vaguedad provienen de la ruptura con su Dios, crimen atribuido al orgullo autosuficiente de la creatura. Y dicho crimen consiste en querer erigirse a sí mismo como Dios, siendo un «sacrílego imitador». San Miguel va a la raíz misma del pecado, sin titubear, a la autoafirmación del hombre que elige no querer depender de Dios. Es el absurdo del orgullo, ausentes la gracia y la penitencia.

El orgullo deviene en desorientación; esta es fruto de aquel. Es la perdición, hoy la llamaríamos 'sin-sentido'. Porque, además de tierra desierta, san Miguel caracteriza al hombre en pecado como tierra sin ningún camino trazado, errante, pusilánime, dejándose conducir sólo por sus apetitos bajos, lo cuales profundizan más aun su desorientación.

Menciona, además, en términos espaciales por cierto, la distancia producida entre el pecador y Dios («tan lejos»). Resulta por demás interesante que esta 'lejanía' no sólo se establece en la relación con Dios, según lo que refiere Miguel, sino que también es cierta ruptura consigo mismo («y de ti mismo»). Parecería ser que el pecado 'nos aleja de nosotros mismos', como si no fuera una situación propia del hombre, en tanto que atenta contra su relación con Dios, la cual es constitutiva de su mismo ser ¿Qué es el hombre sin Dios?

Por eso, la situación del pecado puede figurarse a partir de la imagen de esta tierra sin caminos, desierta y solitaria, pero también sedienta, ansiando ser impregnada por el suave rocío de la gracia.

Ahora bien, vimos que el santo no cavila en reconocer y afrontar la situación del hombre alejado de Dios. Es más, se abisma y afronta el misterio del mal. Sin embargo, ¿es sólo el conocimiento de la miseria del hombre lo que obtiene descendiendo hacia esta profundidad? Veamos cómo prosigue el texto:

«Dios hace llegar su voz hasta esta profundidad. En medio del alboroto del mundo, Él nos muestra la vanidad de éste. El alma, avergonzada de su sujeción servil, considera para qué nació, y busca restablecer la imagen de Dios volviéndose a unir con su autor. Moviada por este sentimiento, comienza a rechazar las cosas exteriores, “las riquezas, vana palabra, incapaz de colmar mis deseos, que demandan a Dios”... Mira el cuerpo revestido de prendas extrañas, se avergüenza de ellas, porque son un lazo para los otros y para sí mismo» [MS p 223]

Comienza aquí el punto de inflexión del discurso del santo: “Dios hace llegar su voz a esta profundidad...” El término del descenso hacia la propia miseria no es la desesperación, sino la escucha de la voz de Dios que irrumpe y se hace presente. Debemos decirlo: san Miguel es un hombre fascinado por el amor misericordioso de Dios, manifestado en el don de su Hijo Unigénito:

«Es inefable la misericordia concedida por Dios a los hombres: tanto amó Dios a los hombres que les entregó en rescate a su único Hijo...» [MS p 225]

Entonces, sostenemos que san Miguel no duda en sumirse en su 'propia nada' porque, conociéndola, vislumbra la profundidad del amor solícito de su Señor:

«Nuestro Señor corre, se cansa para encontrarse en el lugar al que acudirá una pecadora que se quiere convertir...» [Ibidem]

Así, dice san Miguel, el alma no tiene otro deseo sino volver a unirse a su Creador, el único por demás capaz de colmar sus deseos, descubriendo la vanidad de todas las cosas que languidecen frente al esplendor de su Señor. Cabe destacar la suma delicadeza de Miguel: «Moviada por este sentimiento...» (El original francés dice “*touchée*”); en la propia miseria, el Señor no sólo se hace presente, sino que con ternura inclusive 'toca', 'hiere' (de amor, por cierto) al pecador para que regrese hacia Él.

En conclusión, pudimos hacer una primera aproximación a la consideración de la interdependencia del conocimiento del mal y de Dios en la experiencia espiritual del santo. El reconocimiento de la propia miseria del hombre y el descenso hacia sus profundidades no lo cierran en la desesperación, sino que, al contrario, le descubre el

abismo infinito del amor de Dios, que desciende hasta el pecador y lo ‘hiere’ a fin de restablecer su comunión con Él.

2) «*En los brazos del Padre*»

«Aunque tuviera aun cuarenta años más por vivir, me presentaría ante Dios como un hijo pobre, cubierto de harapos, desprovisto de toda ayuda, gimiendo a causa de las más desagradables heridas. Pondría en Dios toda mi confianza; me presentaría con todas las ropas de mi hermano mayor, es decir, con los méritos de Jesucristo: el Padre me bendeciría como Isaac a Jacob» [DS p 58]

El presente fragmento, a diferencia del texto extenso citado antes, nos permite vislumbrar algún atisbo de la experiencia espiritual del santo. Es una anotación que brota de su interior. Si bien desde el anterior se puede colegir su profundidad de espíritu, el presente nos revela con más claridad cómo el amor divino impregnaba toda la vida del santo.

Admirablemente, Miguel quiere perpetuar su ‘infancia espiritual’, aunque se halle avanzado en años. Encuentra en ella la mejor disposición para estar frente a Dios Padre. Por cierto, parecería estar detrás de la imagen que presenta de «hijo» (pobre, harapiento, herido,...) la figura del hijo pródigo de la parábola del capítulo 15 de Lucas. (Lc 15, 11-32). Otra vez se confirma la tesis postulada acerca de la ‘impregnación bíblica’ del alma de Miguel.

Ahora bien, haciendo una lectura atenta descubrimos algunos elementos importantes para nuestra temática. Si reparamos bien en las palabras del santo, encontramos que propone para sí la figura del ‘hijo pobre’ como mejor disposición para acudir al encuentro con el Padre. Esta observación no es nimia; al contrario, san Miguel no plantea considerarse pobre y pecador como si tuviera que resignarse a verse de esta manera, acuciado por la realidad del pecado, no teniendo más remedio que enfrentarse a él, o bien vivir en una perpetua ilusión, negándolo, olvidándolo. No, de algún modo, elige y consiente verse de esa manera porque, en contraposición, en ese movimiento descubre la aceptación y el amor incondicional del Padre. Entonces, el propio mal no es motivo de desesperación y auto-encierro, sino ocasión voluntaria de abismarse en la misericordia del Padre.

Por cierto, no es ésta una experiencia cotidiana, sino que, primariamente, es don, y exige harta cooperación por parte del hombre. Pero, el mismo san Miguel nos da la ‘clave de bóveda’: la confianza. En rigor, la experiencia vislumbrada en el santo parecería estar centrada en esta actitud de saberse pobre y miserable, pero fielmente amado por Dios.

Y para nuestro santo, el amor de Dios y la reconciliación se concentran en un nombre: Jesucristo, su «hermano mayor», ciertamente no el de la parábola de Lucas, sino el Hijo unigénito que se convierte el Primogénito de muchos a quienes salva.

He aquí que recurre nuevamente Miguel a la Escritura. Refiere el suceso de la bendición dada a Jacob que, vestido como su hermano Esaú, a quien correspondía la primogenitura (y por tanto ser bendecido), la recibe de su padre Isaac (Gen 27,1-29). Se alinea nuestro santo en la tradición espiritual de la Iglesia que descubre y refiere los textos y las figuras veterotestamentarias a Cristo, su acontecimiento pascual y el don del Espíritu, haciendo brotar el *sentido espiritual*⁹ de la perícopa mencionada.

En conclusión, estamos frente a un breve pero precioso texto en el cual se permite atisbar el movimiento interior de descenso hacia la ‘propia miseria’ para, desde allí, descubrir y dejarse impregnar por el misterio profundísimo del amor de Dios. Y, como actitud fundamental para realizar este itinerario, se propone la confianza filial de reconocerse a sí mismo como hijo en el Hijo.

⁹«se puede definir el sentido espiritual comprendido según la fe cristiana, como el sentido expresado por los textos bíblicos, cuando se los lee bajo la influencia del Espíritu Santo en el contexto pascual de Cristo y de la nueva vida que proviene de él» PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA. *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*. (15-04-1993) San Pablo. p 77.

III. CONCLUSIÓN

Hemos, pues, realizado un breve recorrido a través de algunos fragmentos de san Miguel a fin de poder vislumbrar en su interioridad cómo se produce esta interdependencia entre el conocimiento del mal –en nuestro caso, del pecado y sus consecuencias en el hombre- y el conocimiento del misterio de Dios.

En la breve reflexión teológica quisimos mostrar cómo ambos se implican, se interconectan. Ahora bien, el desafío era plantear la posibilidad de verificar este postulado teológico general en la experiencia espiritual concreta de un hombre. Y para ello recurrimos a san Miguel. Asomándonos desde sus palabras hacia su persona, su interioridad, nos dejamos guiar por su camino recorrido.

En fin, hemos visto que un espíritu que vibra por el Evangelio y no busca sino configurarse con Cristo¹⁰, vivir su misma vida. Y en él ha sido posible esta experiencia bi-direccional de descenso hasta la miseria y ascenso hacia la misericordia.

Queda, pues, adentrarnos nosotros mismos, en la medida de nuestras posibilidades, en este itinerario. San Miguel lo propone como horizonte, como camino y meta, como se evidencia en una carta, dirigida a una religiosa a la cual dirigía espiritualmente y con la cual damos por finalizado nuestro trabajo, estimando que ha sido de gran provecho para iniciar una profundización teológico-espiritual de la problemática del mal. He aquí la carta¹¹ (texto 3):

«Mi buena Hermana:

Es un día de trabajo, pero da lo mismo, me esperarán un momento. No quiero dejar irse, sin alguna palabra para Ud., a un santo sacerdote de Toulouse, que pasará aquí a las once horas en la diligencia.

Su carta, querida hermana, me ha dicho todo lo que Ud. quería decirme y mucho más. En general, tengo prisa en decirle con todo mi corazón que viva constantemente en la alegría del Señor y que la haga brillar en toda su conducta, en toda su relación con Dios, con el prójimo y con Ud. misma como la divina María. Y digo, constantemente, en todas las situaciones, siempre, aunque sea culpable!

Porque siempre Dios, tiene su mirada puesta sobre Ud., para purificarla, protegerla, y colmarla de beneficios. Ante esa mirada salvadora, protectora, y benevolente, ¿no debe Ud. tener y hacer brillar constantemente su alegría?

Sobre todo Ud., a quien esa mirada ha escogido y guiado tan evidentemente hasta este día en el camino de su vocación. Diga pues, y no deje de decir: Proclama mi alma la grandeza del Señor y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, porque este gran Dios, este Padre bueno me mira; nada, no; nada - ni siquiera mis pecados- nada será capaz de desalentarme.

No haga, entonces, ningún caso a todas esas impresiones inquietantes, a todos esos razonamientos dictados por el demonio, que la han inquietado demasiado a menudo. Nunca la gracia hace algo parecido; lo que sí hace ella, es hacernos sentir o creer nuestras necesidades, hacernos pensar en el Padre que no deja de fijar su mirada sobre nosotros, de hacernos correr hacia él y hacernos encontrar en él la tranquilidad y la paz.

Es así como María Magdalena siente o cree su torpeza, piensa en Jesús, corre hacia él y encuentra en él una paz inalterable, etc, etc.

Practique y predique siempre esa piedad alimentada de fe, de confianza, de amor a Dios, de entrega al prójimo, de reconocimiento hacia su vocación y hacia todo lo que ella significa. Que el *Magnificat* sea su canto preferido, la expresión fiel de sus sentimientos; y proclamará la grandeza de Dios, porque siempre estará en paz. Nunca me cansaré de decírselo, porque me doy cuenta de que hay en Ud. la raíz de un defecto, enemigo de esa paz tan agradable al Señor y tan edificante para el prójimo.

Son muchas palabras; no insisto; si no puede leerme, me adivinará. Le deseo de todo corazón la paz del Señor, antes que nada y siempre. ¡Qué espectáculo para el cielo y para la tierra, ver a todos esos hijos trabajando y sufriendo en paz, viviendo y muriendo en paz, y siempre en paz!. Deseo esta paz, de manera especial, a las hermanas de Colomiers. Quisiera nombrarlas a todas, pero no puedo; Ud. va a tener la bondad de reemplazarme junto a ellas, Juana-Sofía, Zebina, Damien, etc, etc...

¡Que viva la alegría, la paz en Dios!

Miguel Garicoïts, sacerdote»

¹⁰«Divino corazón, quieres ser mi corazón. Esa es tu voluntad. Sí, sí, lugar a lo que es debido. Viejo corazón, desaparece para siempre. Demasiado has reinado: Corazón de Jesús, toma su lugar, no quiero negarte nada. Corta, quemá, *suscipe*. Dame amarte: es suficiente. Amén. Amén» [DS p 48]

¹¹ *Lettre 31 [A Sœur Zéphirin Saint Blaise, fille de la Croix. 7-08-1845]* En: *Correspondance de Saint Michel Garicoïts*. Tome I : de 1825 á 1859. Edition publiée et annotée par PIERRE MIEYAA SCJ. Tarbes. 1959

IV. BIBLIOGRAFÍA

- *Biblia de Jerusalén*. Versión revisada y aumentada. Desclée de Brower. Bilbao. 1975.

Documentos magisteriales citados

- CONCILIO VATICANO II. Constitución Dogmática acerca de la Divina Revelación. [Dei Verbum]

-PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA. *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*. (15-04-1993) Ed. San Pablo. Buenos Aires.

Fuentes de textos de san Miguel Garicoïts

- DUVIGNAU, P. *La Doctrine Spirituelle de Saint Michel Garicoïts*. Beauchesne. Paris. 1949.

Un Maître Spirituel du XIX siècle. Beauchesne. Paris.1963.

-MIÉYAA, P (ed). *Correspondance de Saint Michel Garicoïts*. Tome I : de 1825 á 1859. Tarbes. 1959

Manuales

- JOURNET, C. *El mal. Estudio Teológico*. Rialp. Madrid. 1965.